

Pbro. Manuel F. Pascual

Colección
Dame de beber

Retiros predicados por el presbítero
Manuel F. Pascual

1. El mirar de Dios es amar

2. Lo reconocieron al partir el pan

3. Si yo no tengo amor...

4. Certezas en la oscuridad

5. Camino a Damasco

6. Como un hombre cualquiera

Andar en tu Presencia *

El arte de vivir *

* En preparación

Como un hombre
cualquiera

12 meditaciones

 Editorial Guadalupe

2005
B.A.S.

8^a meditación "La pedagogía de Jesús"

Jesús dijo:

"Ya conocen el camino
del lugar adonde voy. [...]

Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.

Nadie va al Padre, sino por mí.

Si ustedes me conocen,
conocerán también a mi Padre.

Ya desde ahora lo conocen y lo han visto"

(Juan 14, 4. 6-7)

El objetivo de esta meditación sería tratar de descubrir algo de la pedagogía de Jesús. Tratar de deducir de su manera de obrar, cómo educa, qué actitudes toma. Porque si llegáramos a poder percibir en el Evangelio qué pedagogía usó con los discípulos, con la gente, podríamos también entender los modos que está utilizando con nosotros. Recordemos que Dios nunca se repite; a cada hombre lo lleva por caminos inéditos, pero es verdad que Dios tiene una manera de ser y de actuar. Para no obrar contra Él y saber, intuir por dónde pueden ir sus caminos con nosotros, es que queremos encontrar algunas pautas.

Como todo buen agricultor y artista, la pedagogía de Jesús no teme ocupar largo tiempo en preparar el terreno. El buen agricultor tarda más en arar, en preparar bien su tierra, que en el momento de la siembra que es el más rápido. Lo mismo pasa con un artista, con un pintor, lo más difícil no es

pintar sino preparar la pared. Y lo mismo pasa con la educación y más con la formación religiosa, con la educación que Jesús quiere hacer con nosotros. Por eso vemos que Dios no tiene miedo a emplear mucho tiempo, y hasta diríamos siglos, en preparar la humanidad para empezar a obrar con ella, recién entonces, de un modo distinto en el Antiguo Testamento, e incluso miles de años de preparación directa, desde Abraham hasta Jesús, donde va moldeando esa huerta, que es el pueblo de Israel, donde quiere sembrar el don más precioso que es su Hijo. Jesús no es un don caído del cielo, sino que es un don llegado a un mundo que, por amor, Dios lo había empezado a preparar para que fuese capaz de acoger ese don.

Entonces, cuando Dios quiere hacer un regalo, podemos empezar a deducir: primero prepara muy bien el terreno. Un padre puede ser irresponsable si le regala un auto a un hijo antes de que tenga la edad o el equilibrio para poder manejarlo sin lastimarse o lastimar a otros.

Regalarle a alguien algo es también, si uno lo ama bien, regalarle la capacidad de usarlo bien, si no, le hace daño. Jesús también preparó el terreno en esos misteriosos treinta años de Nazaret y, en la preparación de los apóstoles, les dedica casi tiempo exclusivo. Jesús no estuvo mucho tiempo en este mundo, y el tiempo en el que estuvo se lo dedicó a los doce, y pasaron casi largos tres años hasta que los encontró aptos, preparados, a punto para poder abrirles el corazón en plenitud, en la Última Cena, o poder regalarles la Eucaristía y enviarlos a predicar.

Su manera de obrar fue la siguiente, amó primero, no esperó que lo amen a Él, salió a buscar, a amar gratuitamente, tomó la iniciativa en el amor, buscó a los que aparentemente no lo buscaban, como por ejemplo a Zaqueo.

"Jesús entró en Jericó y atravesaba la ciudad. Allí vivía un hombre muy rico llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos. Él quería ver quién era Jesús,

pero no podía a causa de la multitud, porque era de baja estatura. Entonces se adelantó y subió a un sicomoro para poder verlo, porque iba a pasar por allí. Al llegar a ese lugar, Jesús miró hacia arriba y le dijo: «Zaqueo, baja pronto, porque hoy tengo que alojarme en tu casa». Zaqueo bajó rápidamente y lo recibió con alegría" (Lucas 19,1).

Por eso Jesús nos puede después decir:

"Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente" (Mateo 10, 8),

porque lo dice con la autoridad del que amó primero y gratuitamente. El amor que Él nos dio no tuvo condiciones ni precio, nos amó y, por eso, nos pide que el amor que nosotros demos no tenga condiciones o precio con respecto a los demás.

No pidió ni enseñó nada que antes no lo haya hecho Él. Eso, diría yo, que es la gran pedagogía: cuando alguien no necesita proclamar tanto lo que hay que hacer con órdenes, reglamentos y mandatos sino que es capaz de vivir de tal manera que basta verlo para saber qué es lo que hay que hacer. Entonces, Jesús, primero lo hizo; por eso pudo decir: "Yo soy el Camino"; esta es la manera de obrar. Hay un sabio consejo que ustedes habrán oído de niñas también, que casi encierra más sabiduría que muchos libros de moral, y es preguntarse qué haría Jesús en esta oportunidad, preguntarse qué haría Jesús si estuviera en tu lugar.

Él es el Camino. Lo que Él hizo nos marca la pauta. "Hagan esto en memoria mía"; esta es la manera de amar. Yo amé primero y amé a los otros "como yo los amé". Él puede presentarse como el modelo de la tarea a realizar, "les he lavado los pies"; "perdónalos, no saben lo que hacen". Cuando vamos viendo a Jesús obrar, decimos: "claro, nos lo puede pedir, porque Él lo hizo antes". Con lo cual es como si nos dijera: "se puede hacer porque, si lo hice Yo...". Y acá

viene el argumento que todos ponemos como excusa: "pero Él era Jesús...", y Él nos diría, "pero te di mi Espíritu, no te pido nada imposible". De otra forma nos hubiera hecho la peor de las burlas, pedirnos vivir algo que no se puede vivir. Para eso hubiera sido preferible no conocer el Evangelio; el misterio es que el Evangelio puede ser vivido. Y el ejemplo son los santos; ellos son los hombres y las mujeres que nos dicen: "mirá que se puede vivir el Evangelio". Pensemos en un Francisco de Asís. Hasta el Papa llegó a la misma conclusión: si le decimos a este que no se puede, tenemos que decir que no se puede vivir el Evangelio, porque lo que quería era vivir el Evangelio.

Jesús entra en el problema real del hombre y de cada hombre y lo ilumina desde dentro, esa es su pedagogía. Cuando se encuentra con alguien, entra en su situación, se pone en su lugar, y esto es como una gimnasia, como un hábito que el amor lo tiene casi sin pensar, el de adaptarse, el de meterse en la situación del que está enfrente. ¿Cómo hacer que esta gente entienda mejor a la Iglesia?, ¿cómo hacer que estas chicas que ingresan a la vida religiosa entiendan la vida religiosa más fácilmente? Es la tarea de abajarse, de condescendencia, de incultación.

Jesús, antes de obrar, siempre rezó. A menudo nos preguntamos: ¿por qué me salió mal, si hice todo? Cuando planificamos, tenemos que ser honestos y decir que planificamos todo pero nos olvidamos de pedir. Y, a veces, con los mejores medios, todo fracasa y, con pobreza, en las manos de Dios, todo resulta. Hay que preguntar: ¿a ver el horario?, porque, a lo mejor, está pensado todo el trabajo para responder a la gente pero nos olvidamos de:

"Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho

8^a meditación

"La pedagogía de Jesús"

fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer" (Juan 15, 4-5).

"Sin mí nada podés hacer", y eso se tiene que reflejar en el horario. Es amor a los demás, que aparezca en el horario, que hay un espacio donde las hermanas van a preparar el corazón para lo que tienen que hacer y no sólo todo lo que hay que hacer.

Jesús no juzgó por apariencias; desde el principio Jesús no juzgó por lo que se ve. Nos enseñó que lo más profundo sólo se ve y alcanza comprometiéndose:

Jesús "se dio vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: «¿Qué quieren?». Ellos le respondieron: «Rabí -que traducido significa Maestro- ¿dónde vives?». «Vengan y lo verán», les dijo. Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con Él ese día" (Juan 1, 38-39).

Cuando Lázaro muere Jesús pregunta dónde lo han puesto y recibe la respuesta que Él mismo dio antes a los discípulos:

"Jesús, al verla llorar a ella, y también a los judíos que la acompañaban, conmovido y turbado, preguntó: «¿Dónde lo pusieron?». Le respondieron: «Ven, Señor, y lo verás». Jesús, conmoviéndose nuevamente, llegó al sepulcro, que era una cueva con una piedra encima". (Juan 11, 33-34. 38).

Para terminar de saber dónde está su amigo, el ser humano, tendrá que ir hasta dónde él está. Lo más profundo de alguien -o de Dios-, no se puede obtener sino comprometiéndose con esa persona en todo, porque lo que va a revelar también la compromete a ella.

Jesús, si bien pide fe, lleva a la fe con los signos de credibilidad, no pide saltos al vacío, con los milagros, como por ejemplo el ciego de nacimiento (cf. Juan 9) o Pedro caminando sobre las aguas (cf. Mateo 14, 39), y nos recuerda en

la oración sacerdotal que el mundo creerá si somos uno, ese es el signo de credibilidad que nos toca realizar a nosotros con la ayuda del Espíritu.

"No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste" (Juan 17, 20-21).

Con su manera de obrar, va ayudando a que la otra persona crea, le facilita el camino. Nosotros, muchas veces, pedimos a los demás saltos demasiados grandes sin dar signos de que somos creíbles. Para pedir la fe hay que mostrar signos de que lo que nosotros estamos anunciando vale la pena. El signo de credibilidad para los hombres de hoy es que los que nos conozcan vean que estar cerca de Jesús, más cerca del Evangelio, hace mejor ser humano al que lo vive.

No sé si los demás dirían: "creo". Signo de credibilidad sería: "estos sí que saben vivir y saben amar; lo que creen lo podemos constatar en sus vidas". Es lo que constató el mundo cuando vio a los mártires en Roma. Cuando veían a los cristianos, algo habrán visto, ya que confesaron su fe a pesar de perder la vida. La fe ganó espacio en el mundo porque hubo muchos testigos. Y la fe pierde espacio en el mundo cuando hay pocos testigos. Esto no es sólo para los demás, es también para nosotros, necesitamos ver testigos. 81/TESTIGOS

Jesús pide disposiciones absolutas pero acepta logros progresivos como, por ejemplo, cuando los apóstoles dejan inmediatamente las redes pero les cuesta mucho dejar su mentalidad meramente humana (¿quién es el primero de nosotros?). Jesús no mira tanto los dones que tenemos, si estamos ya perfectos, terminados, sino se fija si este está dispuesto a esta aventura de amor. Si está dispuesto tiene lo que necesita, porque lo demás viene después. Jesús le dijo a Pedro, "mirá cuando eras joven ibas donde querías, vas a

ver que vas a terminar obedeciendo aunque sea al final, no te preocunes".

Jesús educa caminando, conviviendo con los apóstoles; esto es muy importante. Nunca los sentó en un aula, pero convivió con ellos. Y acá es donde todos podemos ser docentes y alumnos toda la vida. Una persona que educa conviviendo, con su ejemplo, con su palabra, con su silencio, como los padres con los hijos, como el maestro con los discípulos, es ir leyendo la vida al lado de otro. Va haciendo una lectura existencial del hombre y de Dios. Se pone al lado de otro, y lo va ayudando a mirar religiosamente la vida, a tratar religiosamente las cosas y a las personas.

La mejor formadora es una hermana de esas que no brillan, que no saben mucho, pero de la que uno, viviendo al lado de ella, dice: "me enseñó a amar el Instituto, a amar el Evangelio, me enseñó a vivir, me lo contagió. Como los discípulos de Emaús, se me despertaba el corazón viviendo al lado de esa persona".

Jesús, sin que los apóstoles se dieran cuenta, les estaba mostrando, con su vida, cómo Dios había soñado al ser humano. Porque Jesús vino a mostrarnos qué maravilla puede ser un hombre que puede llegar a ser como Dios. Jesús nos muestra que el ser humano es capaz de amar, que es lo que hizo Él. Y, por otro lado, nos estaba mostrando en su convivencia cómo es Dios en su ternura, en su amor, en su misericordia, en su paciencia, "quien me ve a Mí ve al Padre". Entonces conviviendo les estaba dando una clase de Dios. Y eso no sólo lo puede hacer Jesús; también un cristiano con su cariño, con su vida, con su convivencia, le puede enseñar a los demás quién es Dios.

Jesús siempre parte de lo real, de lo que pasa. Va caminando, se encontró con un ciego, un mudo, pasó algo; ve un árbol, la vid, los campos, no hay un programa artificial, sino que va viviendo y leyendo la vida a la luz de Dios.

Les permite hacer experiencias negativas, deja que se equivoquen (cf. "El hijo pródigo" Lucas 15), respetá la libertad. ¿Vieron a esas mamás un poco cargosas, "mamá de departamento"? El nene va a la plaza: "cuidado no te caigas, cuidado los bichos, cuidado no te ensucies, cuidado...", entonces el nene es un enfermo; hay que dejar que se embarré, se ensucie, se golpee, que lo pique tal vez una abeja; no se va a morir por eso y va a salir más normal. Y, así, cuando vea una abeja va a decir "pica"; "el suelo es duro, mejor me agarro bien del tobogán si no, me caigo".

Jesús dejó vivir, y uno a veces se pregunta qué espacio hay para equivocarse en la vida religiosa. Los grandes pescadores, por ejemplo, cuando el pez muerde el anzuelo y es pequeño, apenas pica lo saca pero, supongamos que pesca un tiburón y quiere sacarlo en un instante, seguro que le rompe la caña o el tiburón lo tirará al agua. Tiene que hacer algo que el tiburón no tiene, tiene que ser muy inteligente, lo tiene que cansar, le tiene que dar la sensación de que se pudo escapar, le da hilo, lo deja ir, hasta que el pez se cansa de nadar y, entonces, sí lo saca del agua.

A veces hay que dejar que el otro se equivoque, "¿vos querés hacer esto?, hazlo" y, cuando está caído, no hay que decirle, "yo te dije", sino "ahora vení, yo te ayudo". También Jesús los deja hacer experiencias positivas, los entusiasma, como por ejemplo, a pesar de estar educándolos, los envía a predicar:

"Entonces llamó a los Doce y los envió de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus impuros. Y les ordenó que no llevaran para el camino más que un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero; que fueran calzados con sandalias, y que no tuvieran dos túnicas.

"Los Apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado" (Marcos 6, 7-9, 30).

En otra ocasión:

"Los setenta y dos volvieron y le dijeron llenos de gozo: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu Nombre». El les dijo: «No se alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan; alérgense más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo» (Lucas 10, 17-20).

O sea: nunca se alegren demasiado por los éxitos o los fracasos de la vida porque eso es secundario, la verdadera alegría es que Dios nos ama y que nuestro nombre está escrito en su corazón. Recordemos la importancia que tiene el aliento: una palabra o un gesto pueden dar fuerzas para seguir en el camino.

Va de lo menos a lo más. El primer día no les dijo: "voy a morir, a ustedes también los van a perseguir". Fue despacio; su enseñanza es progresiva.

"Al levantar los ojos, Jesús vio que una gran multitud acudía a Él y dijo a Felipe: «¿Dónde compraremos pan para darles de comer?». Él decía esto para ponerlo a prueba, porque sabía bien lo que iba a hacer" (Juan 6, 5-6)..

El camino es cada vez más estrecho:

"Entren por la puerta estrecha, porque es ancha la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que van por allí. Pero es angosta la puerta y estrecho el camino que lleva a la Vida, y son pocos los que lo encuentran" (Mateo 7, 13-14).

Y acá uno tiembla.

"Correré por el camino de tus mandamientos, porque tú me infundes ánimo" (Salmo 119, 30).

El camino se puede hacer más estrecho, pero el corazón se puede hacer más ancho. Ahí estamos salvados, el camino

va a ser más complicado pero el corazón será más generoso, Él lo va a educar. Para que no se sientan mal, hasta santa Teresita dijo, "si a mí me hubiera pasado esto al principio me hubiera ido". Es el camino estrecho del Evangelio el que conduce a la vida.

El deja que en la fiesta se acabe el vino (cf. Juan 2); deja que se desate la tormenta (cf. Marcos 4, 35) mientras Él sigue durmiendo en el barco; deja que muera Lázaro (cf. Juan 11); deja que los apóstoles queden solos en la tormenta (cf. Juan 6). Es decir, Jesús va educando en la confianza; no siempre se adelanta a solucionar los problemas.

Cuesta encontrar personas maduras y tal vez se debe a que no tuvieron que resolver nunca problemas, o, si no, que siempre se los resolvía otro. Entonces, cuando surge una dificultad, nadie la sabe resolver. Jesús, en cambio, deja que surja el problema y que aprendan a resolverlo, que maduren, que puedan decidir, que no estén siempre como cuidaditos por la mamá y el papá. No nos extrañemos, el dejarnos aparentemente solos no significa abandono, sino amor que invita a crecer.

No ahorra oscuridades y desconciertos; ni a María se llos ahorró, como por ejemplo cuando se pierde en el templo (cf. Lucas 2, 41). A veces, por la familiaridad con Jesús, podemos creer que ya lo conocemos, que no hay sorpresas, que lo manejamos. Hasta al superior más difícil, si somos vivos, sabemos cómo pedirle las cosas y las logramos. Pero con Jesús no podemos, por eso siempre nos desconcierta, no sabemos qué carta va a sacar. Por eso, te pide agua a la samaritana (cf. Juan 4), le pide cuando era Él quien quería dársela. Jesús parece que nos pide y en el fondo, es quien nos quiere dar. Y nosotros protestamos: "¿cómo Vos me pedís a mí?", y de pronto, "Si supieras quién te la está pidiendo...; sí Yo te quiero dar". Hay que aprender a percibir sus modos, ¿O no le responde duro a la mujer que le pide aunque sea las migajas que caen de la mesa?

"Una mujer cuya hija estaba poseída por un espíritu impuro, oyó hablar de Él y fue a postrarse a sus pies. Esta mujer, que era pagana y de origen sirofenicio, le pidió que expulsara de su hija al demonio. Él le respondió: «Deja que antes se sacien los hijos; no está bien tomar el pan de los hijos para tirárselo a los cachorros». Pero ella le respondió: «Es verdad, Señor, pero los cachorros, debajo de la mesa, comen las migajas que dejan caer los hijos». Entonces Él le dijo: «A causa de lo que has dicho, puedes irte: el demonio ha salido de tu hija»" (Marcos 7, 25-28.).

Hasta los apóstoles habrán pensado "pero qué duro que es" y, en el fondo, "grande es tu fe". Jesús les dio una gran lección a ellos, parecía que estaba sordo y eso que era una mujer necesitada..., o cuando, en la multiplicación de los panes, cuando les pide a los discípulos que les den ellos mismos de comer (cf. Lucas 9, 13). No nos extrañemos si a veces, en nuestra pobreza y fragilidad, Jesús nos dice, "denles ustedes mismos de comer".

Parte de algunos, para ocuparse luego de todos. Primero se ocupa de los doce y de allí a la multitud. Invirtió mucho tiempo en los doce y a los doce los envió a predicar. No podemos hacer todo al mismo tiempo, Jesús deseaba formar un solo rebaño, con un solo pastor, llegar a todos los hombres, pero aceptó educar a algunos. A veces, más que la cantidad, importa la calidad.

La fuente -es una imagen muy bonita-, tiene distintos niveles, el agua sale por arriba, se llena la copa primera, cae, y llena el segundo nivel, cae y llena el tercer nivel, va como inundando progresivamente, ese es el método evangélico, que llene y desborde. Uno dirá: "qué lento" y, sin embargo, ese es el camino de Dios; los apuros son siempre malos consejeros. Y cuando uno quiere evangelizar rápido fracasa. Si no hay conversiones a fondo, si no invertimos tiempo en algunos, no hay cambios verdaderos y duraderos. Por eso

Jesús primero va a las ovejas perdidas del pueblo de Israel, va a las sinagogas; a los apóstoles les dice ir a una casa y, si no los reciben, de allí a otra; o con los invitados a la boda (los amigos primero, por los caminos después), o también cuando Jesús le sale al encuentro a María Magdalena y luego con los apóstoles (cf. Juan 20, 11); es ella quien les anuncia a los apóstoles que Jesús había resucitado. Él sale al encuentro de algunos, para que esos algunos, vayan a todos.

A Jesús trataron de apedrearlo, por ejemplo, en su pueblo, en su primera visita, y Él mismo se abre camino entre la multitud que lo quiere matar.

"Jesús fue a Nazaret, donde se había criado; el sábado entró como de costumbre en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura. Despues agregó: «Les aseguro que ningún profeta es bien recibido en su tierra. Yo les aseguro que había muchos leprosos en Israel, en el tiempo del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue curado, sino Naamán, el sirio». Al oír estas palabras, todos los que estaban en la sinagoga se enfurecieron y, levantándose, lo empujaron fuera de la ciudad, hasta un lugar escarpado de la colina sobre la que se levantaba la ciudad, con intención de despeñarlo. Pero Jesús, pasando en medio de ellos, continuó su camino" (cf. Lucas 4, 16. 27-30).

San Juan nos cuenta que un día lo estaban esperando en Jerusalén para matarlo, y va de incógnito a la fiesta:

"Jesús recorría la Galilea; no quería transitar por Judea porque los judíos intentaban matarlo. Efectivamente, ni sus propios hermanos creían en Él. Jesús les dijo: «Mi tiempo no ha llegado todavía». Despues de decirles esto, permaneció en Galilea. Sin embargo, cuando sus hermanos subieron para la fiesta, también Él subió, pero en secreto, sin hacerse ver" (Juan 7, 1. 5-6. 9-10).

Jesús contesta con astucia cuando le preguntan con qué autoridad hace lo que hace.

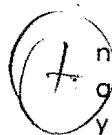
"Jesús entró en el Templo y, mientras enseñaba, se le acercaron los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, para decirle: «¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Y quién te ha dado esa autoridad?». Jesús les respondió: «Yo también quiero hacerles una sola pregunta. Si me responden, les diré con qué autoridad hago estas cosas. ¿De dónde venía el bautismo de Juan? ¿Del cielo o de los hombres?». Ellos se hacían este razonamiento: «Si respondemos: 'Del cielo', Él nos dirá: 'Entonces, ¿por qué no creyeron en Él?'. Y si decimos: 'De los hombres', debemos temer a la multitud, porque todos considerán a Juan un profeta».

Por eso, respondieron a Jesús: «No sabemos». Él, por su parte, les respondió: «Entonces yo tampoco les diré con qué autoridad hago esto» (Mateo 21, 23-27),

Jesús no es un suicida, un imprudente, no quiso morir antes de tiempo. O lo mismo, aquella escena donde le preguntan: ¿hay que pagar el tributo?

8
"Los fariseos se reunieron entonces para sorprender a Jesús en alguna de sus afirmaciones. Y le enviaron a varios discípulos con unos herodianos, para decirle: «Maestro, sabemos que eres sincero y que enseñas con toda fidelidad el camino de Dios, sin tener en cuenta la condición de las personas, porque tú no te fijas en la categoría de nadie. Dinos qué te parece: ¿Está permitido pagar el impuesto al César o no?». Pero Jesús, conociendo su malicia, les dijo: «Hipócritas, ¿por qué me tienden una trampa? Muéstrenme la moneda con que pagan el impuesto». Ellos le presentaron un denario. Y Él les preguntó: «¿De quién es esta figura y esta inscripción?». Le respondieron: «Del César». Je-

sús les dijo: «Den al César lo que es del César, y a Dios, lo que es de Dios». Al oír esto, quedaron admirados y, dejando a Jesús, se fueron» (Mateo 22, 15-22).


Miren la moneda, al César lo del César, a Dios lo de Dios; notamos la astucia, la sabiduría de Jesús de no dejarse atrapar y tenemos que aprender a ser mansos como palomas y astutos como serpientes.

Pero cuando tiene que hablar habla, no rehuye el testimonio supremo ante el Sanedrín y Pilatos:

«El Sumo Sacerdote insistió: «Te conjuro por el Dios vivo a que me digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús le respondió: «Tú lo has dicho. Además, les aseguro que de ahora en adelante verán al Hijo del hombre sentarse a la derecha del Todopoderoso y venir sobre las nubes del cielo».

«Jesús compareció ante el gobernador, y este le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Él respondió: «Tú lo dices»» (Mateo 26, 63-64; -27, 11).

Tampoco lo rehuye en el templo donde habla abiertamente

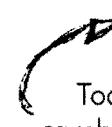
«Se celebraba entonces en Jerusalén la fiesta de la Dedicación. Era invierno, y Jesús se paseaba por el Templo, en el Pórtico de Salomón. Los judíos lo rodearon y le preguntaron: «¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso? Si eres el Mesías, dilo abiertamente». Jesús les respondió: «Ya se lo dije, pero ustedes no lo creen. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí, pero ustedes no creen, porque no son de mis ovejas. Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy Vida eterna: ellas no perecerán jamás y nadie las arrebatará de mis manos. Mi Padre, que me las ha dado, es superior a todos y nadie puede arrebatar nada de las manos de

mi Padre. El Padre y yo somos una sola cosa». Los judíos tomaron piedras para apedrearlo. Entonces Jesús dijo: «Les hice ver muchas obras buenas que vienen del Padre; ¿por cuál de ellas me quieren apedrear?» (Juan 10, 22-32).

«Para esto he venido al mundo, Yo soy el Hijo de Dios», y cuando tiene que morir, muere. Nosotros también. No hay que meterse en todos los problemas, pero hay que saber jugarse por el otro, y ahí sí que cuesta encontrar quién lo haga.

Jesús sabe personalizar, como en el caso de Pedro, "Y a ti ¿qué te importa, tu sígueme", para vos la pedagogía pasa por acá y para Él pasa por allá.

«Los escribas y los fariseos le trajeron a una mujer que había sido sorprendida en adulterio y, poniéndola en medio de todos, dijeron a Jesús: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés, en la Ley, nos ordenó apedrear a esta clase de mujeres. Y tú, ¿qué dices?». Decían esto para ponerlo a prueba, a fin de poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, comenzó a escribir en el suelo con el dedo. Como insistían, se enderezó y les dijo: «El que no tenga pecado, que arroje la primera piedra». E inclinándose nuevamente, siguió escribiendo en el suelo. Al oír estas palabras, todos se retiraron, uno tras otro, comenzando por los más ancianos. Jesús se quedó solo con la mujer, que permanecía allí, e incorporándose, le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Alguien te ha condenado?». Ella le respondió: «Nadie, Señor». «Yo tampoco te condeno», le dijo Jesús. Vete, no peques más en adelante» (Juan 8, 3-11).

 Todos igual, no; unidad sí, uniformidad no. Jesús sabe cambiar el ángulo de la discusión y de la observación al decir "el que esté libre de pecado tire la primera piedra",

escapando así de la rigidez de los legalismos y de la casuística. Lo quisieron atrapar en la ley y Jesús les cambió el ángulo: les mostró: yo no voy a decir que esta mujer no hizo nada malo, lo que voy a decir es quién puede juzgarla, nos enseñó a mirar de otra manera, a descubrir que la instancia suprema no es la ley sino el amor, la misericordia.

"Toma tu cruz y ségueme", es decir: debemos cambiar todo lo que se puede, evitar todos los dolores que se puedan evitar, pero no luchar contra la realidad, sino que cuando hay algo que no podemos cambiarlo, saber abrazar la realidad como amorosa y fecunda. Hacer todo lo que se pueda por no estar enfermo, todo lo que se pueda por lo justo, por esto, por aquello. Dios no quiere la cruz como un fin, pero la cruz está cuando uno se da cuenta de que, por más que ponga todos los medios, hay un dolor, una realidad que nos visita, y nos toca vivir, y ahí es menos doloroso y más fecundo abrazarla que resistirla.

Jesús no hace lo que tienen que hacer los hombres, como por ejemplo: la fe, los cinco panes y peces, tirar las redes (cf. Lucas 5, 4). Él está dispuesto, pero pide la fe, no va a poner lo que tenemos que poner nosotros. Por eso el dicho popular: "A Dios orando y con el mazo dando". Nosotros ponemos todo lo nuestro y Él va a poner todo lo suyo.

La transformación de todo comienza por lo profundo, no por las estructuras; por el orden interior, la salud interior, la pureza interior. Supongamos que una superiora dice: "yo quiero tener una casa ordenada; el primer día, vamos a trabajar 24 horas, y queda todo limpio, todo ordenado". Pero si la casa está en orden, si las hermanas no se aman, si no rezan, si no están en orden con ellas mismas, con Dios? Es más fácil ordenar la casa; lo más difícil es ordenar adentro de uno.

Jesús eligió el otro camino. Por eso se sentó a la mesa con las manos sucias y todos dijeron: "¿cómo no te lavaste las

manos?". No, porque lo que ensucia no viene de afuera, esto no es la suciedad; yo estoy limpiando el corazón del hombre.

Su fuerza se muestra en la debilidad, la santidad en la pobreza. Gusta de medios humildes; el poder de Dios se muestra en la humildad de los medios. Pensemos en los apóstoles, su simplicidad, su pobreza, en Pedro que, por sí mismo, es duro como una piedra que se hunde y por la fe se hace roca donde sostener la Iglesia, donde los demás se apoyen. A Dios le gusta usar lo simple, lo pobre, lo que no brilla para que se muestre su poder. No nos extrañemos que san Pablo diga:

"Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres. Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre ustedes muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios" (1 Corintios 1, 25-29).

Vean quiénes somos nosotros, no estamos ni los más nobles, ni los más inteligentes, ni los más buenos, pero Dios eligió lo necio, lo débil, para mostrar que su poder está obrando en nosotros.

Por eso, no nos scandalicemos que a nosotros nos pase lo mismo que a los apóstoles, que seamos personas que dudan, que compiten, que buscan el primer puesto porque, justamente, la santidad de Dios se muestra en que, a través de lo simples y pobres que somos, no tan diferentes a nadie, la salvación sigue obrando en el mundo. La pedagogía de Jesús se muestra muy clara en los discípulos de Emaús, los deja ir, están tristes y les sale al encuentro y les pregunta: ¿de

qué van hablando por el camino?, entonces los deja conversar, protestar y lentamente les empieza a enseñar las Escrituras para terminar partiéndoles el pan.

Aún María tuvo que peregrinar en la fe. La pedagogía de Dios pasa por ahí y María aprendió que los caminos de Dios sólo se entienden guardándolos en el corazón. La pedagogía de Dios no la podemos entender en el momento, se la entiende después. Y, por eso, el secreto para entender los caminos de Dios es guardarlos en el corazón, y se va entendiendo cuando se va viviendo, no puede entenderse antes.

"Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón" (Lucas, 2, 19).

9^a meditación

**"¡Felices ustedes, los pobres!
Pero iay de ustedes los ricos!"**

"Entonces Jesús, fijando la mirada en sus discípulos, dijo: «¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece! ¡Felices ustedes, los que ahora tienen hambre, porque serán saciados! ¡Felices ustedes, los que ahora lloran, porque reirán! ¡Felices ustedes, cuando los hombres los odien, los excluyan, los insulten y los proscriban, considerándolos infames a causa del Hijo del hombre! ¡Alérgense y llénense de gozo en ese día, porque la recompensa de ustedes será grande en el cielo. Pero iay de ustedes los ricos, porque ya tienen su consuelo! ¡Ay de ustedes, los que ahora están satisfechos, porque tendrán hambre! ¡Ay de ustedes, los que ahora ríen, porque conocerán la aflicción y las lágrimas!»" (Lucas 6, 20.25)

Podríamos decir, sin duda, que Jesús amó tiernamente a los que la Escritura llama los anawin, que son los pobres, el resto de Israel, lo que se llamaba el resto pobre y humilde que sólo tenía puesta su esperanza en el Señor. Recordemos